

MARIANA COLOMER, *PROFETIZARÁS*, MADRID, HUERGA & FIERRO, 2020, 89 pp.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH  
Universidad de León

La trayectoria poética de Ana María Roig (Barcelona, 1962), autora que firma sus libros como Mariana Colomer, resulta inconfundible en el panorama de la poesía española escrita por mujeres en lo que va del siglo veintiuno. Estamos ante una poeta que, en efecto, no ha cultivado otra temática que la religiosa, bajo la perspectiva cristiana y católica, en ocasiones mostrada desde un vívido franciscanismo. Lo acredita la lectura de las obras que ha ido publicando, desde la inicial *Crónicas de altanería* (1999), hasta la editada en 2020 con el título de *Profetizarás*. A lo largo de los cuatro lustros de creación literaria comprendidos entre la primera y la última, fueron apareciendo cinco conjuntos líricos más, a saber: *La gracia y el deseo* (2003), *Libro de la suavidad* (2008), *Salir de mí* (2012), *La indigente* (2016) y *Auroras* (2019).

Así pues, suman siete los libros del antedicho carácter que en esos años ha dado a conocer, espaciando sus apariciones respectivas en breves intervalos de tiem-

po, a excepción de sus dos últimas entregas, la de 2020 y la inmediata anterior, ambas de algún modo conectadas entre sí. Lo indica el hecho de que el penúltimo libro, *Auroras*, lo protagonizase la Virgen María, y el último, *Profetizarás*, no solo esté iniciado por la sección «Últimas auroras», sino que la Virgen sigue acaparando una gran primacía textual. No me cabe duda de que esa bibliografía que ya va siendo tan nutrida hace de la escritora barcelonesa un referente en la modalidad lírica en la que ha elegido implicar su voz, y tanto en el mosaico de poetas españolas como en el de las que se expresan en español en otros países del mundo.

A modo de apunte panorámico, anoto que los poemas del libro aparecen distribuidos en cuatro partes, y con estas denominaciones: «Últimas alboradas», «La vocación», «La Madre habló», y «Palabras proféticas a la mujer, a la ciudad y al mundo». Rasgo común a los textos de cada apartado es que ninguno va prece-

dido de título propio. Sin embargo, a las secciones sí les anteceden citas extraídas de la Biblia, salvo en la tercera, que se abre con reflexiones debidas, respectivamente, al filósofo católico francés Jean Guitton y a Vittorio Messori, uno de los escritores más leídos del catolicismo actual. A todos estos paratextos tan valiosos para orientar la lectura de cada agrupación poemática hay que sumar el aporte semántico general que supone la ilustración de la portada. Se trata del detalle de un tapiz del siglo XVI representando un motivo que condice muy bien con la dimensión profética del libro, las *Escenas del Apocalipsis*, obra del belga Willem de Pannemaker, uno de los mejores maestros tapiceros de su tiempo.

Los diferentes textos se reparten de modo que el grupo inicial y el tercero comprenden una docena, siendo el segundo el menos nutrido, mientras el cuarto resulta, por el contrario, el más copioso, con siete y treinta y cinco creaciones líricas cada uno. El elevado número de textos que suma la parte final podría estar subrayando el sensible peso específico que comporta el libro en esta zona del mismo. Redundaría en ese énfasis la semejanza entre el título de la obra, *Profetizarás*, y el de esa sección culminante, «Palabras proféticas...». Y cabría añadir aún otro aspecto que realza la gavilla poética última, al menos desde un ángulo cuantitativo. Aludo al hecho de que en ella se agrupan los poemas más dilatados del libro, lo que supone un tipo de despliegue poemático que apenas se registra en las tres partes previas, lo que corrobora el especial carácter distintivo de que está dotada su escritura.

Si la alborada supone un período en el que va apareciendo progresivamen-

te la luz, la luz física, aun cuando quepa hacer equivalente la alborada a la pureza germinante, el título que lleva la primera parte, «Últimas alboradas», acaso apunte también a una fase del mundo inusitada, incógnita, de preludio de postrimerías, en la que los seres humanos han ido cayendo en la desmemoria de Dios. El título de la parte siguiente, «La vocación», aludiría a cómo se fue forjando en la hablante, al principio sin percibirlo, la llamada crística a la que se ha entregado.

La titulación dada a la parte tercera, «La Madre habló», tiene que ver con la Virgen María y sus mensajes, enfocando de modo expreso la advocación singular que de ella se hace en una montaña, en la localidad barcelonesa de Sant Vicens dels Horts, denominada del Remei. Como denota el título mismo de esta parte, la visión mariana ofrecida es la maternal bíblica heredada, y que la hace madre de los seres humanos, a los que ampara y defiende. La autora no ofrece aquí ninguna lectura de la Virgen María que pudiera entenderse como desvío del legado secular recibido, y tampoco sería esperable que la ofreciese, porque entonces el imaginario del libro devendría incoherente con la manera de ver el mundo que lo anima.

La parte cuarta enlaza con la anterior, y en ella lo que prevalece son las profecías mariales dirigidas a tres destinatarios, comenzando por su devota, emblema de la mujer, continuando con las gentes urbanitas, y culminando con apelaciones universales al mundo. En varios de los textos de esta zona las voces de la dicente y de María parecen fundirse, de modo que ambas mujeres, que experimentaron la maternidad con significaciones tan distintas como incomparables, muestran decires

proféticos, sin olvidar que las profecías de la Virgen se expresan en la voz femenina que se le otorga en los poemas.

Uno de los asuntos que vincula esta sección con la que la precede es precisamente la de la maternidad. En uno de los poemas se reivindica el empleo y el valor de la palabra madre, la cual pretenden «silenciar / aquellos que gobiernan desde un lugar sombrío / con traje de serpiente.» (p. 70), y se presenta la gestación desde un punto de vista trascendental. La madre está enraizada con la criatura que se gesta en su vientre manso, y ambos, progenitora e hijo, vivirán unidos y fructificarán en el más allá preanunciado por la doctrina cristiana.

Otras composiciones de esta zona del libro tienen que ver igualmente con esta temática. En una de ellas se previene a la mujer acerca de la dimensión espiritual con la que ha de contemplarse su embarazo: «Que nadie use tu vientre / para fines extraños a la Luz.» (p. 86). Otro poema resulta novedoso en el sentido de que admite la interpretación de hacer referencia a un embarazo no deseado que se materializó con falacia, y al que seguiría un aborto en el espacio clínico, un drama traumático cuyo consuelo se logra en el ámbito divino. Traslado el poema por entero porque introduce en el libro una problemática que abunda en las sociedades contemporáneas, no tanto en poesía. Dice así:

Si todavía tu hijo no ha nacido,  
y con violencia aséptica le cortaron el hálito  
y se llevan con él todas tus lágrimas  
y la razón del llanto,  
cuando descubres que fuiste engañada,  
entonces busca a Dios,  
ofrécele la queja,  
pues su Nombre será el consuelo. (p. 84)

En *Profetizarás* interesa hacer aprecio, como obra literaria que es, de algunas de las peculiaridades significativas de su praxis lírica, así como de ciertas problemáticas relativas a la índole de la inspiración y lenguaje poético de la hablante. Empecemos por este segundo punto, tan significativo desde el ángulo teórico, y en el que caben varios textos del tipo que la crítica actual ha dado en denominar «poemas-poética», modalidad que también han de ser contemplada, como demuestra este libro, en el ámbito de la poesía de carácter religioso.

La voz que domina en la obra la encarna un sujeto femenino manifestando que, en cumplimiento de una promesa divina, le reconoce a la divinidad haber recibido el don de hablar «sus palabras», como se lee en el poema «Tomo tus llaves, Dios...» y asimismo también en la composición «Cuando en el alba mi primer pensamiento», donde le dice a Dios haberle ofrecido «el poema más Tuyo», o en el texto «Hay en esta ciudad una iglesia pequeña», atribuyéndole a la Virgen su decir lírico. Con todo, admite en otro texto, en «Aquí, conmigo...», que una expresión condigna para referirse a María se le resiste, confesándole «no encuentro la palabra / que te sepa encontrar». Este asunto, el de la palabra que se resiste a venir a la mente, no resulta insólito en poesía, pero suele plantearse sin relacionarlo con Dios como dador de la palabra, sino como búsqueda de la palabra en la mente propia.

Poema-poética muy singular es el que se abre con el verso «Cerca del corazón, / alguien agazapado...». Ese alguien habría tentado a la dicente para que su humildad se extremase hasta el punto de olvidarse del canto crístico celebrativo. Este

canto jubilar se le acerca y ella le rehúye como poeta, aun cuando lo percibe, y en consecuencia no lo transforma en poesía esta vez. En otras muchas oportunidades sí compondrá esos cantos, aunque sin vanagloriarse de ellos, según se lee en las tres líneas iniciales de una composición: «Si has escrito poemas en su Nombre, / déjalos en silencio en el altar del mundo / sin detenerte a celebrar tu voz».

La poeta se autoconfigura, por tanto, como una receptora del habla lírica de la que se vale, mereciendo esa recepción por no tener en nada su propia voz personal, y a diferencia de quienes no quieren prescindir de ella, negándoseles en consecuencia el don que recibe quien sí lo hace humildemente, como se señala en el poema «A quién acudirá Tu serafín». No cabe, por tanto, enorgullecerse como autora de su lenguaje, entiende la hablante, ni tampoco celebrarlo. Lo que sí ha de celebrarse es el júbilo crístico que la inflama.

El fructificar creativo del sujeto femenino no respondería a una poética de marchamo intrínsecamente filológico, si atendemos a lo que en los poemas se dice, sino a una poética extraliteraria, como tantas veces se ha ideado en la historia de la literatura, revistiendo en este supuesto dicha poética carácter religioso, y situándose en parámetros que pueden eslabonarse con la tradición secular de la poesía católica. Sin embargo, cuando se analizan composiciones religiosas de siglos precedentes se da muchas veces por supuesto que cuanto se expresa en el texto tiene significado fuera de él.

En la hermenéutica posterior al Romanticismo se considera, empero, que lo que está escrito en una obra literaria de

cualquier género, sea teatral, sea novelesco, sea poemático, no se extravasa, limitando su significado al contorno textual, sin ir más allá de él, aun cuando la biografía de la autora pueda ser concorde y coherente con lo que ella pone en la voz dominante en sus textos. Ese supuesto sería el de Mariana Colomer, una escritora de profundas convicciones cristianas que las traslada al lenguaje poético logrando convincentes obras literarias y, por lo tanto, fictivas.

En la praxis literaria de *Profetizarás* se vale la autora de remarcables recursos léxicos, estructurales y semánticos, estos mayormente en contrapunto. Comenzando por referirme a estos últimos, cabe destacar contraposiciones como luz y sombra, Belleza y fealdad, campo y ciudad, creencias religiosas y descreimientos, tradición y modernidad, y entre el Bien en mayúscula, el celestial, y su antagonista, simbolizado de manera triple en el Dragón, en el Enemigo, en la Bestia.

Tocante a estructuras, sobresale la organización de algunos poemas, reveladora de una evidente voluntad estética de diseño constructivo. Ejemplos muy ostensibles al respecto podrían ser composiciones como «Cuando en el alba mi primer pensamiento», a base de anáforas alternantes, o «Para la cima, el águila y el viento», donde se suceden anáforas que, además de funcionar como arquitrabe textual, preceden, cada una, a sendas líneas de un efectista ritmo similar y en paralelo.

Con ser notables los aspectos recién anotados, donde a mi entender alcanza el libro su almendra literaria más interesante es en la profusión de usos pronominales esparcidos por doquier. Si los pronom-

bres relativos prevalecen en la primera parte, en la que asimismo se contraponen los plurales antinómicos nosotros y vosotros, en la segunda será la primera persona gramatical la predominante, toda vez que de ella se vale el sujeto de la enunciación para transmitir su progresivo crecimiento interior cristiano. Ese yo es utilizado en modo dialógico con un Tú que representa a Dios, mientras dialoga con la Virgen en la parte tercera. Será la Virgen quien asuma el yo en la cuarta. Lo hace expresándose proféticamente y mediante el empleo del imperativo al dirigirse a su devota orientando su conducta.

Como analista de poesía, y al margen de los contenidos propiamente religiosos del libro, cuyo comentario desbordaría la reseña con creces, destacaré desde el punto de vista literario que un logrado juego lingüístico con los pronombres de

relativo confiere a muchos poemas de la primera parte una atmósfera de misterio y de poeticidad verdaderamente conseguida. Ocurre en virtud de dejarse en el aire la incógnita vaporosa sobre la que esos pronombres aluden de manera inconcreta, aunque en algunos casos parece que el pronombre no concretado es autorreferencial. El poema de apertura de la obra valdría como ilustración, vertebrándose en su transcurso dicha pauta con la anafórica. Lo transcribo:

Quién, tras una ventana en el trayecto,  
dirige su mirada al árbol que, en Tu elogio,  
se eleva sobre el mundo.

Quién ansía su sombra dorada para hablarte.  
quién escucha los trinos de obediencia  
que iluminan las ramas.

Quién, dime quién, y en dónde. (p. 13)